

el monje siente mucho más la tentación de estudiar los mármoles que los libros, y de meditar esas figuras que la ley de Dios».

Pero los místicos de nuestros días, tomando la defensa de la Iglesia en el siglo de San Bernardo contra San Bernardo mismo, tratan de demostrarnos que los monumentos religiosos de la Edad Media, perfectos en su conjunto, lo mismo que en cada una de sus partes, representan la «verdad» cristiana en toda su amplitud, á la vez que en sus dogmas generales y en todas sus consecuencias: cada forma, cada dimensión del edificio tendría un sentido misterioso y ocultaría una verdad profunda; la iglesia sería una Biblia revelada en relieve arquitectónico, como las Santas Escrituras lo son en caracteres hebraicos, y la menor piedra del santo tabernáculo correspondería á un versículo del Libro: también la impresión sería divina. Sin llegar hasta esas afirmaciones extremas, la opinión común admite al menos que las formas generales del edificio religioso simbolizan ampliamente los dogmas principales de la fe; pero ¿no se reduce á la nada todo el simbolismo cristiano ante la consideración de que la disposición de las catedrales reproduce exactamente la de las basílicas romanas? «Tres puertas conducían al monumento, cuya capacidad interior estaba dividida, en el sentido de la longitud, en tres partes por una doble hilera de columnas con arcadas... Las tres avenidas paralelas ó naves terminaban en una construcción transversal, en un transept, elevado por algunas gradas sobre el área de la nave y defendido por una balaustrada. Frente á la nave central y al lado opuesto del transept, el edificio se redondea en hemiciclo»<sup>1</sup>. ¡Pues precisamente esas mismas son las disposiciones de la catedral! Los Romanos idólatras, sin saberlo, habían simbolizado la cruz y el dogma de la Trinidad. ¿Y no eran también las iglesias redondas, tan numerosas en la Francia antigua, imitaciones de las rotondas romanas? El simbolismo, obra de paciencia inconsciente y de reflexión, no precede á los acontecimientos, sino que los sigue.

La perspectiva histórica nos muestra al revés la sucesión de los hechos, no en su período lógico de formación, sino en sentido inverso, en sus últimas evoluciones; mas la sociedad moderna, infinita-

<sup>1</sup> Batissier, *Histoire de l'Art monumental*, p. 309.

mente más compleja que la de la Edad Media, ha separado netamente el clero del resto de la nación; los intereses se han diferenciado de una manera absoluta, y las iglesias han acabado por ser atribuidas exclusivamente á las ceremonias religiosas. Admítase fácilmente la creencia de que siempre fué así, pero lo desmiente el testimonio de la sucesión de los siglos: los documentos antiguos demuestran que la iglesia era el edificio de todos, el lugar de asamblea popular, tanto para las fiestas y las ceremonias civiles como para los ritos religiosos. Pueden citarse como ejemplo los «perdones» de la católica Bretaña: aparte de esos concursos de población, las diversiones profanas, que eran ciertamente de origen anterior al cristianismo, dominaban con mucho sobre las prácticas del culto en la pasión de los campesinos: las danzas y los cantos, los ejercicios atléticos, la lucha y las carreras con apuestas y primas se celebraban alegremente en las landas que rodeaban la iglesia; todavía á la mitad del siglo XVIII se danzaba en las naves delante del altar mayor. La vieja querrela de San Eflamm se «puso en verso» para ser cantada en la iglesia<sup>1</sup>.

Y en todo el mundo cristiano, como en Bretaña, la vida social, todavía no repartida metódicamente en edificios diversos, convergía toda entera hacia la iglesia. En la época en que el comercio transformaba ya las ciudades en poderosos focos de atracción para las riquezas del Occidente y del Oriente, comenzaban á diferenciarse los monumentos públicos: se aprendía á edificar palacios municipales, donde los mercaderes burgueses trataban especialmente sus negocios y los de la ciudad, y baluartes donde vigilaban los centinelas que acechaban los peligros que se preparaban á lo lejos; pero el edificio hacia donde se dirigía especialmente la multitud de los artesanos, sea para discutir intereses, sea para reposarse del trabajo de la jornada por el paseo en las naves sonoras, por la conversación y la vista de las cosas bellas, ese palacio del pueblo era siempre el santuario de triple columnata: á la iglesia se convocaba á todo el pueblo por la gran voz de la campana, la voz misma de la ciudad sobre la cual los curas no tenían ningún derecho<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Le Villemarqué, *Barzas Breiz*, p. 488; — Ch. Letourneau, *Evolution littéraire*, p. 485.

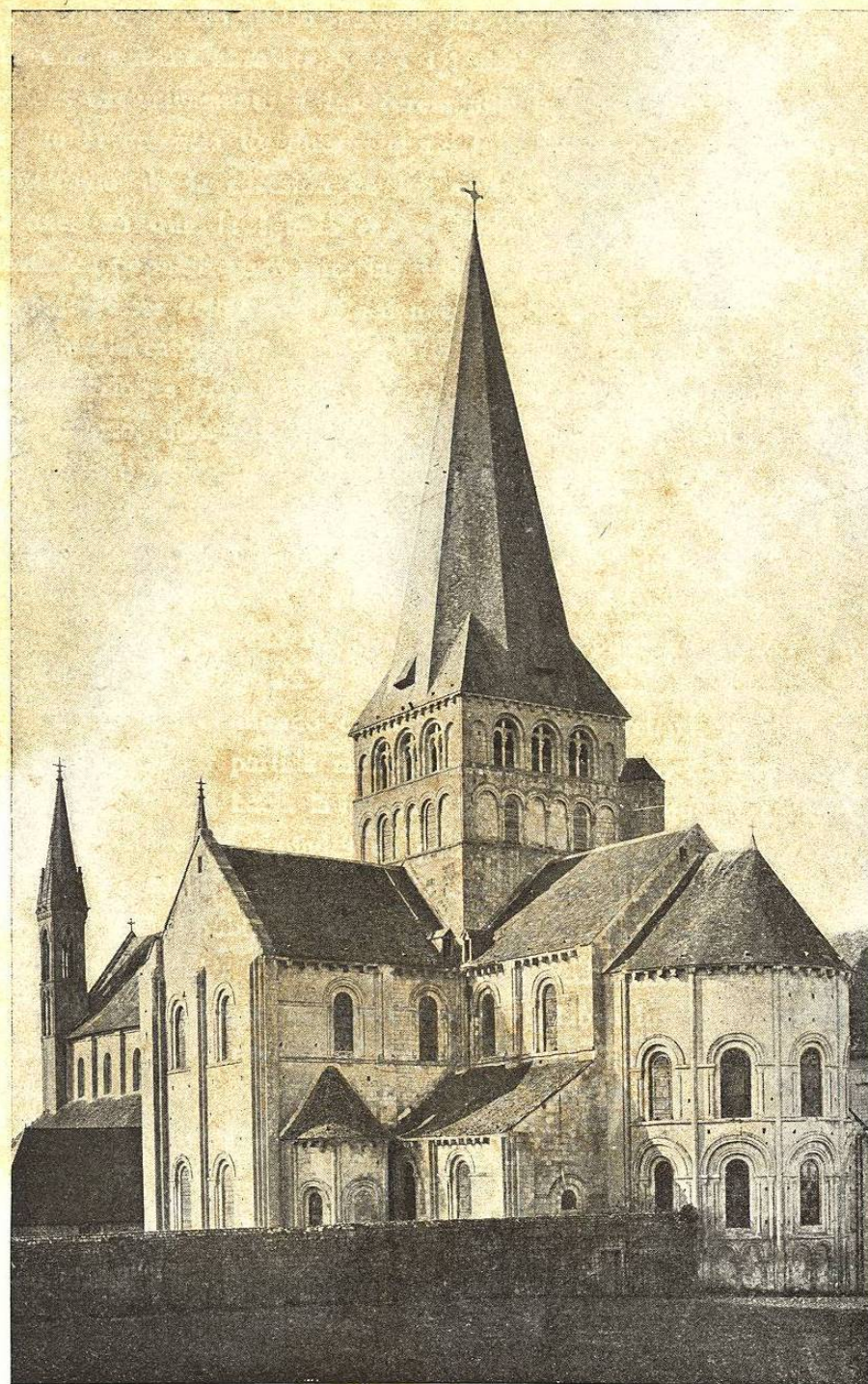
<sup>2</sup> J. Michelet, *Histoire de France*, XVI, p. 95.

El municipio construía el monumento sobre un plano tanto más grandioso y con tanta mayor riqueza cuanto era más poderoso: las ciudades que habían llegado á ser bastante libres para hacer frente á sus barones y á sus obispos, erigían sus catedrales mucho más á su propia gloria que á la de Dios, mientras que las ciudades cuyas tentativas de rebeldía no habían tenido éxito no poseían más que tristes, frías y pobres iglesias. En razón de sus mismas triunfantes insurrecciones comunales surgieron los soberbios edificios como para entrar en lucha con las moradas señoriales vecinas, pertenecientes á los detestados señores. «Las primeras ciudades que se hicieron autónomas fueron también las primeras que edificaron catedrales góticas (Noyon, Soissons, Laon, Reims, Amiens, etc.), y los más bellos de esos monumentos son los de las ciudades más libres (Laon, Reims, Amiens, Beauvais, Sens, etc.)»<sup>1</sup>. Cada ciudad libre recordaba la palabra que fué pronunciada en el consejo comunal de Florencia cuando Arnolfo di Lapo fué encargado de edificar la catedral, en 1298: «Las obras del municipio deben ser concebidas de modo que respondan al gran corazón, compuesto de los corazones de todos los ciudadanos, unidos en un mismo querer». Se comprende el orgullo de los burgueses á la vista de esos maravillosos edificios que eran obras suyas. Cuando el duque de Normandía, Enrique Beauclerc, hubo hecho prisionero á Conan<sup>2</sup>, el comunero rebelde, le condujo á lo alto de una torre de Ruan y le dijo: «¡Contempla los bosques y el río, mira la ciudad populosa, sus murallas y sus bellas iglesias, contempla todas esas cosas antes de morir!»

Admirados por la grandeza de las iglesias construídas en los siglos XII y XIII en la Francia del Norte, Leopold Delisle y Simeón Luce manifiestan la opinión que esta comarca tuvo en la Edad Media una población igual, sino superior, á la de las mismas provincias en los tiempos actuales; pero las vastas dimensiones de las iglesias no son indicios demostrativos de una gran densidad de población, porque antes de descomponerse en numerosos edificios especiales, el monumento del municipio había de ser mucho más

<sup>1</sup> Raoul Rozières, obra citada, p. 258.

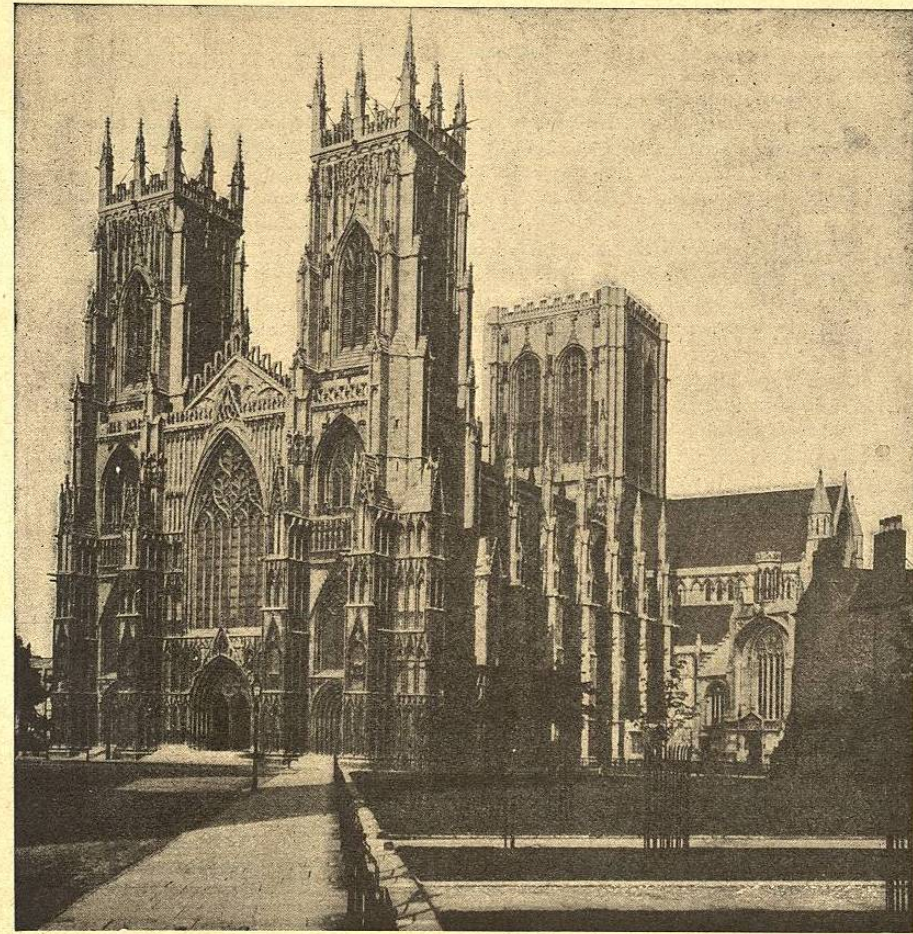
<sup>2</sup> Hanoteaux, *Société Normande de Géographie*, 1900, t. I, p. 24.



Cl. Kuhn, edit.

SAN MARTÍN DE BOSCHERVILLE (SENA INFERIOR)

extenso que lo que hubiesen exigido las simples necesidades del culto. Ese edificio era, en efecto, el centro de todo el organismo urbano: casa comunal, mercado público, palacio de las corporaciones, granero y almacén de lanas. Cuando se estudia en los archivos la



CATEDRAL DE YORK

Cl. Kuhn, edit.

historia de las antiguas catedrales, se halla en ellos constante mención de los actos atestiguados por los notarios en las diversas capillas, que constituían otros tantos edículos con diferentes destinos<sup>1</sup>.

La región en que el arte ojival tomó su forma definitiva es precisamente aquella parte de la Francia septentrional donde mejor se

<sup>1</sup> Thorold Rogers, citado en la *Humanité Nouvelle*, Julio de 1898, p. 117.

mezclaron los elementos céltico y germánico, de donde salió la nacionalidad francesa; se halla comprendida entre los puntos extremos de Chartres, Ruan, Amiens, Reims, y las ciudades de Beauvais, Compiègne y Soissons, dispuestas de Oeste á Este transversalmente al valle del Oise, que constituye el eje de este país tan admirable en

Leyenda de los mapas n.º 331, 332, 333.

Las listas formuladas por C. Enlart en su *Manuel d'Archéologie Française*, constan de más de 1,500 iglesias románicas y otras tantas iglesias góticas, sin contar los edificios de transición (Angers, Evreux, etc.) y los de estilo brillante (Aix, Auch, etc.).

El mapa 331 no indica más que una elección, arbitraria sin duda, de las mejor conservadas entre las iglesias bizantinas; el mapa 332 sólo menciona las iglesias llamadas catedrales, sin distinción de estilo; el mapa 333 da las 27 iglesias más bellas de Inglaterra. Algunas entre ellas, Canterbury, comenzada en 1070, Durham en 1093 (véase grabado página 575, tomo III), Norwich en 1094, representan el período *normando*; la mayor parte de las otras son francamente góticas. — En este mapa R, Cl, L, reemplazan respectivamente Runnymede, Clarendon, Lewes, citadas en el capítulo siguiente.

Comparada con la construcción francesa, la catedral inglesa es la más larga (Winchester alcanza 170 m. con la capilla de la Virgen), menos alta (Westminster, la más elevada, sólo pasa notablemente la mitad de la altura de la de Beauvais, 47 m.), menos ancha de nave; el transept sobresale ampliamente sobre los lados bajos, la torre más importante está situada en la intersección de las bóvedas, el ábside es generalmente rectangular. He aquí las dimensiones de algunos edificios de los dos países, con la fecha de su erección<sup>1</sup>:

SALISBURY...	(1220-1258)	long. int.	137 m.	anch. nave	25 m.	alt. nave	26 m.
WESTMINSTER.	(1245-1269)	—	154	—	—	23	—
YORK.....	Fin del siglo XIII	—	147	—	—	32	—
WINCHESTER.	(1360-1400)	—	162	—	—	28	—
BOURGES...	(1192-1324)	—	124	—	—	23	—
CHARTRES....	(1194-1260)	—	134	—	—	38	—
RUAN.....	(1202-1302)	—	135	—	—	37	—
AMIENS.....	(1220-1258)	—	143	—	—	28	—
				nave	52	—	43

la historia del arte, menos aún por sus magníficas construcciones civiles y religiosas que por las humildes viviendas y las casas de campo que nos quedan de la Edad Media. Los pequeños edificios religiosos elevados en aquella época en el espacio de algunos años, que presentan, gracias á esa rapidez de construcción, una perfecta armonía de conjunto en todas sus partes, son más instructivos para los hombres de estudio que las grandes catedrales, acabadas casi todas en el siglo XIV, cuando el primer impulso de los fundadores había cedido el puesto en los continuadores al cansancio, hasta á un senti-

<sup>1</sup> Bruce Home, *Notas manuscritas*.

miento de impotencia, ó á la habilidad. Algunas de esas pequeñas iglesias, dice Renan, son «modelos tan puros, tan notables de unidad como el más bello templo griego», y esto es verdad, principal-

N.º 333. Catedrales inglesas.



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

mente respecto de las pequeñas iglesias románicas de los Charentes, del Poitou y de la Normandía (Deshain).

Procedente de la Isla de Francia, país que, aunque habiéndose germanizado grandemente él mismo, fué el primero en desprenderse del feudalismo germánico, la nueva arquitectura tardó cien años en propagarse á las otras comarcas de Europa, modificándose según las

condiciones locales y los conocimientos en el arte de edificar. La escuela de los innovadores debía de encontrar naturalmente tantos menos discípulos cuanto más rico era el país en monumentos y que los residentes de la comarca podían alabarse de su preeminencia artística. Así las provincias del Mediodía francés, que pertenecían á un ciclo de civilización muy anterior al del Norte y estaban ricamente provistas de nobles edificios de vastas proporciones, no tuvieron que elevar en cada una de sus ciudades construcciones de estilo análogo á las de la cuenca del Sena. Pero al Este, en los ricos valles del Mosela y del Rhin, donde el movimiento social y artístico se desarrollaba paralelamente al de la Isla de Francia; al Norte, en Flandes, donde la industria daba origen á ricos municipios plenamente conscientes de su fuerza; al Noroeste, en Inglaterra, que los Normandos unían filialmente á Francia por las artes y, hasta en parte, por la lengua; en todos esos países la arquitectura floreció en monumentos espléndidos. Sólo que los arquitectos ingleses, más prácticos, más prudentes en su ideal de belleza que sus hermanos continentales, edificaron catedrales relativamente menos altas, más sólidas en sus vastas proporciones y de más fácil ejecución en su conjunto.

Al Sudoeste, los constructores del arte ojival, siguiendo la vía histórica por Burdeos, Bayona y la brecha vizcaína de los Pirineos, penetraron en España, donde, entre tantos otros testimonios de su audacia y de su ciencia, se eleva la catedral de Burgos; después llegaron á Portugal, donde el arte de las gentes del Norte, en contacto con el de los Moros, elevó los edificios más admirables por la unión de los dos estilos. Tocante á Italia, se vió dividida en dos territorios: en la parte septentrional de la Península prevaleció la «manera» alemana, procedente del Rhin y de Baviera, en las escasas ornamentaciones ojivales que los Italianos, orgullosos de su superioridad en el arte, hasta entonces no disputado, permitieron que se hicieran en sus edificios religiosos y feudales. En la parte meridional y en Sicilia, por el contrario, se manifestó la «manera» normanda ó más bien francesa entre los constructores. Sin embargo, en una parte y otra, al sud como al norte de Italia, el genio nacional, que podía mostrar con orgullo las poderosas masas romanas, que pesaban sobre las iglesias de los cristianos, modificó profundamente el estilo

gótico en las de las ciudades que reunieron á los artistas extranjeros.

Pero muy lejos, más allá de Italia, hacia el extremo oriental del Mediterráneo, los monumentos de Chipre, que se erigían en país



CATEDRAL DE BURGOS

Cl. J. Kuhn, edit.

virgen, por decirlo así, conservan fielmente su carácter de origen. Tal catedral de Famagusta ó de Nicosia, tal monasterio de las montañas de Cerines se parecen de una manera admirable á los edifi-